

Madrid Cómico

SEMANARIO ILUSTRADO

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21. Teléfono 3.558.



- Me tienes que comprar esta tarde el coche y la muñeca que te he pedido.
- Hija mía, ahora no tengo dinero.
- ¿Sí? Entonces ¿por qué dice ese señor que viene ahí detrás que eres muy «rica»?



DE TODO UN POCO

¡Oh, las mañanitas de Abril, tan cantadas y decantadas por los poetas!...

Vayan ustedes al Retiro, si son aficionados á madrugar, y en sus paseos y rincones podrán ver á las damiselas



cursis y á sus horteriles galanes jugando á las cuatro esquinas, al escondite ó á la gallina ciega.

Y á las mamás, aun más ciegas que la gallina, consagradas á las labores propias de su sexo y edad: el *crochet* y la maledicencia.

Honrados burgueses, cuyos amores se han convertido de filoginia en filogenitura, se desayunan con sus abotagadas consortes y sus escuchimizados retoños sobre el «mullido y blando césped» de los vates de poco pelo intelectual y aborráscadas melenas físicas.

Y, en los puntos más solitarios y *silentes* del Parque, las parejas de enamorados—que huyen de las de Seguridad (antes Orden público)—arrullándose cual *cuplés* de tórtolos y tórtolas en el mes crítico del celo.

Todo esto cuando no toca allí la alborotadora Banda municipal, pues entonces la música destierra á la poesía y no hay juegos, murmuraciones ni diálogos de amor clandestino.

Estos últimos me recuerdan un episodio de mi pérdida (¡y tanto, oh lectoras!) mocedad.

Tenía yo por aquel entonces («in illo tēpore», porque esto que os voy á referir es el Evangelio) una novia de tapadillo por las mañanas; otra, ostensible, por las tardes; y otra, de ocultis, por las noches. Como véis, no perdía el tiempo...

Era una muchacha, corsetera de oficio, mi estrella matutina. Nos reunía-

mos á las seis, en la plazuela de Celenque, donde existía un puesto de leche al aire libre, en el que ella dejaba todos los días su jarrito de porcelana, y nos largábamos al Retiro. De manera que su buen padre se desayunaba cuando volvíamos de nuestra excursión por el Parque, lo cual costábale invariablemente á mi enamorada obrerilla un pälizón diario: cosa que yo ignoraba, porque ella sufría con resignación el castigo, y cuanto más le zumbaba la pandeleta el desnaturalizado autor de sus días, tanto más se emperraba la pobre niña en hacerle que se desayunaba tarde.

Nuestros amores eran casi en absoluto platónicos. Yo siempre fui hombre de conciencia, y he renunciado á ajar muchas flores dispuestas á que las hollara «mi cuerpo». Pero una mañana, de estas lujuriantes de Abril, me atreví á darle un sonoro beso en mitad del Parque y de la mejilla izquierda, y allí fué Troya.

Un guarda con bandolera y cuerno me sorprendió en ese momento de erotismo un tanto epicúreo y tras de algunos *epitetos* soeces, nos quiso llevar á la *Inspección* (frase textual del cancerbero) para que abonase yo la correspondiente multa «por ofensas á la moral y buenas costumbres»... Hícele comprender los perjuicios que al honor



de la pobre (pero honrada) corsetera, causaría su delación, y conseguí á la postre ablandarlo con la promesa de entregarle á él más tarde, y en mi domicilio particular, el importe de la multa á que me había hecho acreedor mi

leve desahogo de enamorado. Y, para que á las cinco en punto fuese á cobrar, le entregué una tarjeta... que no era mía, sino de mi compañero de estudios.

Vivía éste con una jamona de buen ver, á la que hacía pasar como tía suya, siendo más lo primero que lo segundo. Y á la hora indicada, en ocasión de hallarnos mi amigo y yo en la Academia preparatoria, se presentó el guarda



municipal del Parque en casa de la tal vieja chula, dándole cuenta de lo ocurrido, como si tuviese ella que ver algo con la *Inspección*.

La buena señora le hizo merced de unas pesetillas, y se quedó con la tarjeta de su sobrino. Cuando éste se reintegró á sus lares, la tía fingida le dió con la puerta en las narices después de llamarle camastrón, indecén-tón y sinvergonzón. Mi camarada se hacía cruces, no comprendiendo los motivos de enojo de su celosa y adinerada «parienta».

Vino á contarme sus apuros, poniendo como chupa de dómine al *gran canalla* que tan mal uso de su tarjeta hecho había, y yo me condolí hipócritamente de sus penas, sin atreverme á arrostrar su enojo ni á confesarme autor de la broma.

Y como él no tenía una linda perra para acabar el mes, me vi obligado (yo siempre fui hombre de conciencia) á hospedarle en mi propia casa, proporcionarle habitación y comida, y darle dinero para sus vicios, que no eran ni pocos ni pequeños...

¡Justo castigo á mi perversidad!
Y hoy, al acordarme de aquello y de mi juventud ¡ay! lejana, suelo exclamar para mis adentros:

¡¡Oh, las mañanitas de Abril!!!...

Carlos Miranda.

FLOR DEL TIEMPO



—Señorita, ¿quiere usted lilas?
—Ya llevo.



A propósito de la candidatura de la condesa de Pardo Bazán a la Academia Española, el notable escritor que firma con el seudónimo *El bachiller Corchuelo* ha hecho una información en *Nuevo Mundo* realmente interesante. Se trata de conocer la opinión personal de cada señor académico respecto a la futura compañera.

El espíritu conservador de la casa ha manifestado su antipatía a la innovación que representa una mujer académico, pero casi todos esos *inmortales* se han expresado en términos de exquisita cortesía.

La nota de grosería y de estulticia la ha dado —cómo no— D. Mariano Catalina. Este es el único académico que se niega rotundamente a la recepción de doña Emilia.

Los lectores se preguntarán un poco perplejos quien es este señor Catalina, y qué es lo que ha hecho para ser académico. Nadie conoce los méritos de este arrivista vulgar, de este aguilucho del tacto de codos.

Sin embargo, Catalina tiene un mérito... es sobrino de su tío D. Severo, autor de *La mujer*, un libro muy del gusto de la cursilería de su época, con la moral ramplona de los folletines de Pérez Escrich y un estilo tan chirle y tan hueco como el que distinguía al ballenato que escribió *Flor de un día*.

Catalina (D. Mariano) ha escrito un drama titulado *Alicia*, que obtuvo un fabuloso éxito de risa, semejante al de *La noble y rica pastora*. Muy presto comprendió que en la dramaturgia Pichote y él eran hermanos gemelos, y se dedicó a cultivar la vanidad de poeta de que adolecía D. Antonio Cánovas. Y fué editor de sus libros, de los que aunque no vendía un ejemplar, se agotaban las ediciones, cosa que halagaba mucho al ilustre estadista. Y así llegó a ser senador, tirano de Cuenca y presidente del Tribunal de Cuentas, cargo al que se agarró con sus tentáculos y del que tuvo que arrojarle vergonzosamente el Sr. Canalejas.

Respecto a los méritos que le han elevado a la Academia, nadie sabe nada: el Sr. Catalina no es artista, no es filólogo; ni siquiera es erudito. El Sr. Catalina no es más que dramaturgo fracasado, sobrino de su tío y editor de los menguados versos del Sr. Cánovas.

En realidad, en la Academia hay contados poetas—tal vez sólo el Sr. Rodríguez Marín—y muy pocos artistas. A un señor le hacen académico como le obsequian con una cruz ó con una banda, para adorno de su vanidad senil y para que no se impacienta en la espera de un cargo bien retribuido. Ved que la mayor parte de los académicos son gente política, a las que el idioma no debe nada y ajena por completo a las bellas letras.

Además, eso de ser académico no tiene la menor importancia literaria. Benavente, Cavia, Cejador no son de la corporación. Lo son en cambio Catalina y Leopoldo Cano, cuyas obras dramáticas no son precisamente un modelo de arte ni de poética.

Yo creo que la Academia debe desaparecer. No sirve para nada más que para que unos cuantos señores se den importancia. El espíritu conservador de la Academia es perjudicial para el idioma; el caudal de voces no puede ser como un pantano, que es el ideal de los señores académicos. El idioma no debe cristalizarse ni en el punto de mayor florecimiento no puede envejecer, no debe retrasarse. Las palabras deben tener la más palpitante actualidad, la mayor vitalidad; deben expresar los sentimientos y las ideas de una época, y muchas

veces para ello es preciso usar neologismos, galicismos y toda clase de barbarismos. Y de esto protesta el rancio espíritu de la Academia.

La señora Pardo Bazán no será académico; se opone don Mariano Catalina.

**

Dos muchachos, Valentin Lostán y Teodoro Muñoz Crego, han hecho una pequeña revista literaria titulada *Letras*, que vivirá unos dos ó tres números.

Lo que esto tiene de bonito y de interesante es la juventud, el ideal. Todos estos periódicos de gente moza me inspiran una gran simpatía; me recuerdan cierto periodiquito tirado en una plancha de gelatina, donde yo puse todas mis ilusiones de los diez y seis años. Así Muñoz Crego y Lostán se acordarán de *Letras* cuando pasen años y conquisten el lugar que merecen por sus amores artísticos y por su entendimiento. Y aunque lleguen a hacer maravillosas revistas, siempre tendrán un recuerdo sentimental para este periodiquito pequeño, tirado en un absurdo papel amarillo, pero que nos da un amable perfume de juventud.

Emilio Carrere



—Ahora comprendo que mi marido tenía razón cuando decía que yo era muy mona.

PADRE INVISIBLE



Arquero Duran

—Papá, ahí está el señor ese que viene todos los días.
—¿Otra vez? Dile que no estoy. ¿No sabes que á mí no se me puede ver el pelo?



—¿Qué prefiere la señorita?
—Me quedaré con las dos cosas. El sombrero para mí y el gorro para mi mamá.



—¿Te gusta esta acuarela de Lhardy?
—Sí. Pero me gusta más haciendo pasteles.

Informaciones pintorescas.

La visita de los presos.

En una de esas horas mañaneras de la Corte hemos decidido hacer una pequeña excursión en tranvía, ese simpático vehículo animado por una agradable promiscuidad democrática. El tranvía nos conduce á la Moncloa.

¿No habéis experimentado una sensación de simpatía, de cordialidad hacia esos viajeros desconocidos que hacen un viaje con vosotros durante una hora, durante media, durante unos solos minutos? Nos hemos arrellanado en un extremo y hemos comenzado á observar á todas estas gentes que hacen nuestro camino. Frente á nosotros va una mujer joven, un poco ajada, un poco marchita, un poco enfermiza. Sus ojos están empañados por un tenue velo de tristeza. Lleva en los brazos un niño, á quien besa con esa efusión maternal algo cruel. A su vera dormita un anciano hosco, brumoso, siniestro; tiene un fulgor extraño en las pupilas, y cuando suspira parece que de lo fondo de su pecho se arranca un rugido. A su derecha, una mujer, ya madura, conduce dos niñas que parecen gemelas, dos niñas rubias, con los ojos azules, delicadas, espirituales, que hablan con una vocecita armoniosa y ríen, ríen

sin cesar con una infantil locura. Luego sigue un estirado caballero, que lee un periódico, el cual le hace unas veces sonreír y otras fruncir el ceño, según la lectura halaga ó fustiga sus particulares convicciones. Y luego una viejecita medrosa, angustiosa, temblorosa, con las manos enlazadas como en oración, y la cabeza abatida, una pobre cabeza que no puede con el peso de los recuerdos. Y por fin, más hombres y más mujeres, todos entenebrecidos, sombríos, y más niños, alegres, risueños, unos; gimientes, doloridos, otros.

Hemos observado que todas estas gentes portan cestas, envoltorios que les inspiran un amoroso cuidado. Todos parecen conocerse, y, dentro de esta heterogeneidad de tipos, de fisonomías, de indumentos, existe un algo homogéneo, como un interés colectivo. El tranvía ha parado bruscamente y en el semblante de todos los viajeros se ha pintado el sobresalto. El caballero lector ha dejado caer el periódico con un ademán indolente; el viejo patibulario ha rugido; la madre llorosa ha tornado á imprimir en la cara sonrosada del niño sus besos torturantes con un movimiento convulsivo, mientras todos clamaban: «¡No llegaremos, no llegaremos á tiempo!» Al cabo, el tranvía ha proseguido su marcha.

De repente ha sonado otra vez el timbre. Un viajero que iba en la plataforma ha mandado detener el coche

para apearse. Todas las miradas han convergido en él, furibundas, amenazadoras. Creemos que ha descendido anonadado. Estamos perplejos. Hemos visto el cosmopolitismo pintoresco de las grandes urbes, los tipos puros y clásicos de los viejos solares, y, sin embargo, estos personajes vulgares, corrientes, que conduce un tranvía madrileño, nos llenan de asombro. ¿Por qué todos llevan su empanaje? ¿Por qué todos se dirigen al mismo punto? ¿Por qué todos van apenados como si pesara sobre ellos la misma desdicha? El tranvía corre raudo por la calle de la Princesa. En los viajeros va notándose cierta agitación. Por fin ha sonado nuevamente el timbre, imperativo, y el tranvía ha parado frente á un edificio vasto, rojizo, de arquitectura austera é imponente. Este edificio misterioso, hermético, solemne, es la Cárcel Modelo.

Los viajeros han descendido apresurados y se han dirigido hacia la Cárcel. Y hemos sabido que van á mitigar la amargura de los presos, á confortar el ánimo de esos hombres desdichados que no viven para el mundo.

Lector: el cronista huye de caer en la ingenuidad del comentario. Tú eres un hombre frívolo, mundano, feliz, probablemente un buen burgués, y el cronista es piadoso y no quiere hacerte ver estos gestos trágicos de la vida.

Antonio Roldán.

OTRA VÍCTIMA

El marqués de la Tontuna,
flor de nuestra aristocracia,
que vivía en un suntuoso
hotel de la Castellana,
se encaprichó de *La Pelos*,
una corista muy guapa
que conoció en *Novedades*
vistiendo traje de mallas.

Su fortuna, su persona,
lacayos, coches y alhajas,
de aquella humilde corista
puso el marqués á sus plantas,
amelonado de un modo
que, más que *grande* de España,
parecía por lo *chico*
mancebo de una farmacia.

En su 40 H. P.
iba siempre á visitarla
á un modesto cuarto piso
de la calle de la Abada,
y pareciéndole pobre
el cuchitril que habitaba,
le alquiló un nido de amores
conforme á las circunstancias.

Le puso maestro de baile
y profesor de guitarra;
aprendió á bailar *matchichas*
y *garrotines* y danzas;
la llenó de lentejuelas,
la compró brillantes faldas,
la llevó á París, á Londres,
recorrió con ella Italia,
y á los dos años escasos
era *estrella* de las tablas
la famélica corista
de la calle de la Abada.
Y cuantas más desvergüenzas
hacía y más la admiraban,
¡más loco estaba el marqués

imbécil, grande de España!

Pasó el tiempo, y es sabido
que todo en el mundo pasa...;
la juventud..., la alegría...,
¡hasta las monedas falsas!...
¡Y el marqués de la Tontuna,
enfermo y lleno de trampas,
vive hoy en un cuarto piso
de la calle de la Abada,
mientras *La Pelos*, la hermosa
cupletista de gran fama,
recibe en un elegante
hotel de la Castellana.

Fiacro Iráyzoz.

Los domingos de la Bombilla.

Las primaveras, sencillas
y agradables como hay Dios,
tiene á bien mandarnos los
domingos de la Bombilla,
cuyo jolgorio gentil
que la blanda brisa orea,
nos aplice y nos recrea
en estas tardes de Abril.

Bajo el cielo esplendoroso
del año joven, se agita
una multitud que grita
en conjunto bullicioso,
oleada humana que va
en continuo movimiento,
ya tumultuario, ya lento,
siempre de aquí para allá.

Hierven de gentes las tiendas,
y por sus alrededores
vagan los gratos olores
de las sabrosas meriendas,
donde circula sin tino,
pasando de mano en mano,

el símbolo soberano
de la botella de vino
que ilumina los semblantes,
los cerebros arrebatá,
y que las lenguas desata
de modistas, estudiantes
y de horteras y soldados
que, en grupos mil esparcidos,
devoran, medio tendidos,
sobre los fértiles prados.

Como en libertad los potros,
los chicos, en su alegría,
arman loca algarabía
y corren unos tras otros,
con su alborotada gresca,
de júbilo rebotante,
dando una nota brillante
á escena tan pintoresca,
mientras con ritmo ligero
que inspira igual estribillo,
el rimbombante organillo
entona un vals callejero,
y las palabras de amor
de mozos y de grisetos,
atraviésanse discretas
en diálogo encantador.

Alguno, con travesura
que raya en atrevimiento,
á su adorado tormento
abraza por la cintura
y, como choque de espadas,
de centelleos radiantes,
se cruzan frases amantes,
flores, chistes y miradas.

¡Oh, primavera sencilla
y azul, bendígate Dios,
porque nos envías los
domingos de la Bombilla!

Pedro Barrantes.



El tiempo es oro, y no conviene dejarlo pasar.



"EL COCO", EN LA PLAZA DEL REY SOBRE LA PISTA



Seguramente creyeron ustedes, al leer el subtítulo de esta información, que se trataba de una afortunada indagatoria acerca del paradero de algún excelentísimo señor criminal de levita y sombrero de copa, prendas usuales en nuestros modernos malhechores

Se equivocaron.

«No es por ahí», como dicen los vecinos del gran Vicente.

«El Coko», aunque es un «detective» insuperable (basta que lo diga yo), no piensa hacer uso, por ahora, de las brillantísimas cualidades policíacas que le adornan.

Está, pues, de enhorabuena la Jefatura superior. Por esta vez se libró del ridículo.

«El Coko», en la actualidad, procura sólo distraerse. Con este objeto se marchó la otra noche al Circo de Price.

Junto al despacho, multitud de personas aguardaban en ordenada fila que les llegase el turno para adquirir localidades.

La cola prolongábase hasta la calle de las Infantas.

Esto me satisfizo. Era señal indubitable de que iba á ver algo bueno.

Haber «cola» en la taquilla de un espectáculo cualquiera, indica que alguien viene *pegando*.

—Así era en tal ocasión. Confieso á ustedes que pasé un buen rato con la compañía de Parish y la compañía de Durán el imprescindible, que estaba también allí para *sorprenderme* con los apuntes de rigor.

Al entrar señalaba el reloj las nueve y quince minutos.

La notable pareja belga «Les Robertys», primer número del programa, hallábase en la pista. El la sostenía á ella, sentada en una mesa, sobre la barbilla.

El público aplaude. Yo les acompaño al considerar los equilibrios que es preciso hacer hoy para sostener á una señora tan guapa como la Roberty.

Les sigue «Busto», gracioso excéntrico madrileño, que imita á la perfección el trabajo de nuestros eminentes actores cómicos, al provocar la risa y la admiración con una *gansada*.

Los gansos, perfectamente amaestrados, que presenta, no me son desconocidos. Juraría haberlos visto más de una vez, no sé si en el Senado ó en el Congreso.

El trabajo de «Busto» es el de un artista «de cuerpo entero».

Después, el austriaco marino atlético Lionel, con el británico Antony, ejecuta sorprendentes ejercicios de resistencia física, manejando con pasmosa facilidad grandes barras de hierro, que

compiten por su pesadez con los discursos del virtuoso D. Dalmacio.

Este es un número de *fuerza*, pues conviene advertir que Lionel, aunque va seguido de un *inglés* constantemente, no es un *tramposo* vulgar, como alguno pudiera figurarse.

Les sucede un intermedio, á cargo de los divertidos clowns Nolo y Tony Grice.

Más tarde rivalizan en fuerza y agilidad las Sister Merkel, acróbatas.

Este es un número «de frescos».

Se compone de tres chicas alemanas, capaces de tumbar al hombre más fuerte.

Para conclusión de la parte primera aparece la «troupe» americana «The Buffalos», ciclistas y jugadores de lazos.

Las americanas con lazos no me han gustado nunca; pero confieso que entre éstas hay varias *de abrigo*, que atortolan por sus *hechuras*.

Montando en bicicleta hacen locuras, y echando el lazo no tienen rival.

Leonard dice que estas artistas ganan mucho dinero. Nuncio último que pr

adecuado para coger

Se hace el descanso

Mi antigua novia viene á saludarme.

hablar. A poco suen

Segunda parte.

Los alambrietas Millman, rompen ma

de «vermouth».

Por cierto que co mouth» excelente, *al-ambre* en tensión ganas de aplaudir.

A continuación s billaristas-malabari ses parecen más b su facilidad en el *las*.

—Si yo intentara haría *un taco*—dice

—Pues ellos, ya hacen.

—Los comprarán

Siguen los notal «Uessems», uno de

en Liliput del servi to de talla. Estos a

perfectamente en «varietés», por per

Infimo», son ovacio pues hacen cosas c

La «Condesa Car de asegurarse sin n

la que es una muje renglón seguido, cu bertad.

Esta domadora

que ganan mucho. ¿Cómo no va á ganar teniendo tute de caballos?

La carcajada anida en nuestros labios por un momento con las ocurrencias cómicas de «Pastoré and Seiffort».

Tanto «Pastoré» como el anterior «Nolo», cumplen á maravilla su cometido. Tienen muy buenos *golpes*.

Los más celebrados por el auditorio son, como siempre, aquellos que propinan á sus respectivos «augustos».

¡Oh condición humana!

Observo con curiosidad que ni uno ni otro tonto tienen pelo de tal ni de cual... Ambos son calvos completamente.

—¿Has visto?—interroga Durán con extrañeza—. ¡Tontos y sin pelo!

—Sí que es extraño—le respondo—. Antes no salían así.

—¿Qué viene ahora?

—«Joe».

—¿Eh?

—«Joe Helsey», con su perro «Dick».

Este prodigioso animalito se mete en dibujos y sabe de cuentas tanto ó más que algunos de nuestros acreditados



En 'el Circo, por Izquierdo Durán.

ARTISTAS DE VARIETÉS



Les Mary Bruny, aplaudidos duetistas que han actuado con éxito en los principales coliseos de España.

LA HOLANDESITA

Letra de Mary Bruni. Música del Maestro Romero.

Canto
y
Piano

The first system of music shows the vocal line and piano accompaniment. The vocal line begins with a treble clef and a 6/8 time signature. The piano accompaniment is in the bass clef. The music starts with a forte (f) dynamic. The vocal line features a melodic phrase with a slur over the final notes.

The second system of music consists of piano accompaniment. It features a series of chords and moving lines in both the right and left hands. There are first and second endings marked with '1a' and '2a' above the staff.

The third system of music includes the vocal line with lyrics and piano accompaniment. The lyrics are: "Fin Era la la". Above the vocal line, there are markings: "ella", "ad libitum todo", and "coro". The piano accompaniment continues with chords and moving lines.

The fourth system of music includes the vocal line with lyrics and piano accompaniment. The lyrics are: "la la la -". Above the vocal line, there are markings: "brusco" and "p". The piano accompaniment continues with chords and moving lines.

The fifth system of music consists of piano accompaniment. It features a series of chords and moving lines in both the right and left hands. The piano part concludes with a final chord and a fermata.

First system of musical notation, consisting of a vocal line and a piano accompaniment. The piano part includes a treble and bass clef.

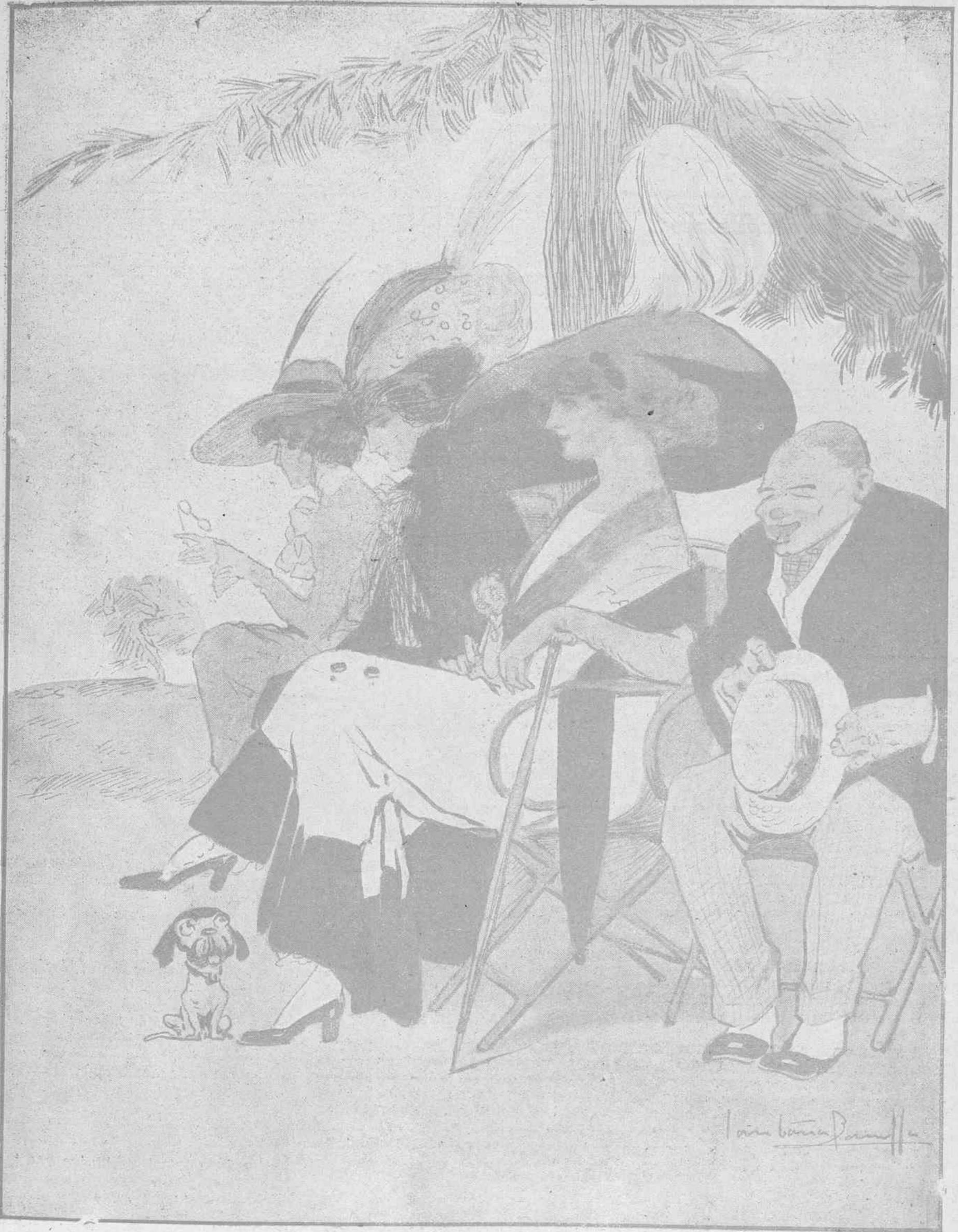
Second system of musical notation, including a tempo marking *a tempo*.

Third system of musical notation, featuring tempo markings *Poco rit.*, *a tempo*, and *Coro*. The vocal line includes the word *ahi*.

Fourth system of musical notation, including tempo markings *Ella a tempo* and *Coro poco meno*. The vocal line includes the words *và ahi - và* and *ahi - và ahi*.

Fifth system of musical notation, including a tempo marking *Ella* and a dynamic marking *f*. The vocal line includes the words *và f tua la a la f 2 veces.*

y para final
D.C. hasta fin
Linareo



—¿Has visto á Rosa y Angeles, qué llamativas van? ✧
—Es que saben vestirse.
—Yo creo que es todo lo contrario.

“De telón adentro.”



NUESTRO querido compañero de redacción el joven escritor Fernando Porset (Colirón) acaba de dar á la publicidad un interesante libro, cuyo título encabeza estas líneas.

Por tratarse de «uno de la casa», nosotros somos los menos llamados á alabar como se merece la labor del estimado compañero, pues pudiera creerse que nuestros elogios fueran interesados, por la amistad que con él nos une; por eso nos limitamos á dar cuenta á los lectores de «MADRID CÓMICO» de lo que se trata en el libro de Porset, *De telón adentro*.

El que tenga el buen gusto de gastarse dos pesetas en comprar un ejemplar de dicha obra hallará en ella amenos articulos teatrales, en donde su autor hace gala de observación en los asuntos que describe; en todos ellos se refleja una sinceridad encantadora, son amenos por añadidura y tocan diferentes puntos de cosas de teatro: un verdadero acierto, sin exageraciones ni apasionamientos de ninguna clase.

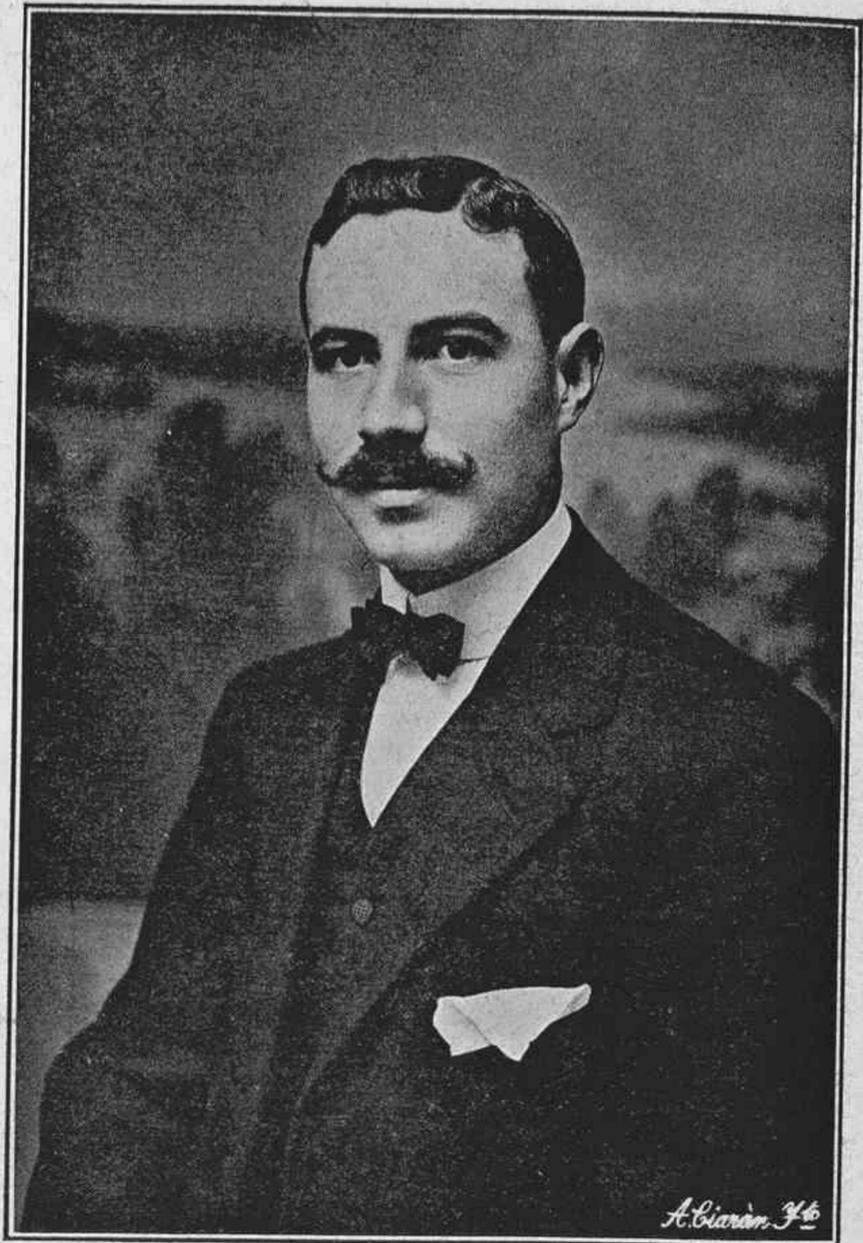
Entremezcladas con los referidos articulos, publica curiosísimas declaraciones íntimas de las más reputadas artistas españolas, declaraciones íntimas verdad, tales y como las solicitadas actrices han contestado á las preguntas que les ha dirigido el amigo Porset.

Figuran entre otras muchas las de Loreto Prado, Rosario Soler, Joaquina del Pino, Consuelo Mayendía, Julia Fons, Carmen Andrés, Juanita Manso, Rosario Acosta, Dolores Saavedra, Pilar Perales, Consuelo Bello (Fornarina), Matilde M. Asquerino, Consuelo Badillo, María Palou, Paquita Correa y varias más.

De telón adentro lleva por añadidura un precioso prólogo del notable literato y autor dramático D. Francisco Flores García, que en dicho brillante escrito—como todos los suyos—presenta la obra al público, haciendo á la ligera un perfecto retrato «á pluma» de su autor.

Pocos días hace que la referida obra se ha puesto á la venta y con satisfacción consignamos que viene siendo muy leída y comentada entre autores entre y cómicos de ambos sexos, y más fácil es encontrar en los «camerinos» de estos últimos un volumen *De telón adentro*, que una moneda de cinco duros; tanto es así, que persuadido Porset del éxito que ha alcanzado su obra, se dispone en estos momentos á hacer una segunda edición.

MADRID CÓMICO felicita al amigo y al compañero, y se complace á la vez en felicitar á cuantos lean el trabajo del simpático escritor, que, ducho en asuntos de bastidores, puede para lo sucesivo ocupar en la Prensa un puesto señaladísimo como crítico teatral.



Fernando Porset

CHISMES Y CUENTOS

En Pamplona, el alcalde ha prohibido circular por los lugares públicos á las señoras que lleven prendido el sombrero con esos agujones incomensurables que ahora se estilan, y que constituyen una amenaza constante para el físico más ó menos agraciado de los transeuntes.

Dichos agujones, según el acuerdo municipal, habrán de ser cubiertos necesariamente por su poseedora con un guardapuntas, siempre que tenga precisión de salir á la calle, á fin de evitar la repetición de involuntarios deperfectos.

La medida no puede ser más acertada, ni más racional, en la opinión de todos.

Es decir, de todos no.

Las señoras no deben estar muy conformes con ella, puesto que al acatarla sabemos que ni una sola ha dejado de decir lo mismo: Que no se le ve la punta.

**

La fábula del «Gallo» y la Pastora continúa siendo de palpitante actualidad.

Los periódicos rotativos y no rotativos han consagrado á tan interesante asunto sendas informaciones, acompañadas del inevitable «magnesio» y de la consabida copla:

—Tengo yo una pena, pena.

No puede quejarse de su suerte la tal coplilla; apenas un mes ha transcurrido desde que se dió á conocer por los labios de la Imperio, cuando ya ha logrado la irritante popularidad del «vagabundo».

Lo que hace que todo el mundo la tenga en la boca.

Del estómago.

**

El ingreso de doña Emilia en la Academia no pasó de ser un intento laudatorio.

Un interrogatorio de gran interés, hecho por el popular semanario *Nuevo*

Mundo á conocidas personalidades, nos descubrió la causa principal de semejante fracaso.

Ello es que el secretario D. Mariano Catalina se opone.

¿Por qué?

Hay quien asegura que por la diferencia de sexo.

Si esto verdad llega á ser, fácilmente se adivina que allí no habremos de ver nunca á ninguna mujer, mientras esté Catalina.

**

El eclipse de sol verificóse con toda formalidad y con arreglo al programa publicado por los astrónomos.

Aunque esto ya lo sabrán ustedes, nosotros lo hacemos constar aquí por ser el principal objeto de esta sección cultivar preferentemente las notas de mayor actualidad.

Y el sol siempre es una nota.

INFORMACIÓN TEATRAL



—Pero, hombre de Dios, ¿dónde te has metido la semana pasada?

—¡Las mujeres!... ¡La vida!... ¡Las cosas!...

—¡La frescura!... Ya creí que tuviera necesidad de recurrir al *Duende de la Colegiata* para saber tu paradero. ¿Sabes quién digo?

—¡Ya lo creol... Un excelente «reporter» que se pasa la vida retratándose, ¿eh?...

—¿Eh?...

—No, nada... lo que te decía...

—De manera que tú, por ahí, haciendo de «Terrible Pérez»...

—Hasta cierto punto; y para tomar unas lecciones más de tenorio frescales, estuve en el Gran Teatro á ver la presentación de Emilio Carreras en la mejor, más acabada y más divertida producción escénica de Arniches y García Alvarez: *El pobre Valbuena*, y en la cual el incomparable Emilio no ha encontrado quien con él rivalice. Su presentación fué un nuevo triunfo para el popular artista; las ovaciones que se le tributaron en el transcurso de la representación y al terminar la obra pueden conceptuarse de delirantes. Carreras se vió precisado á dirigir la palabra al público en acción de gracias por el entusiástico recibimiento que se le hizo.

—Pues yo, esa misma noche, me la pasé en Martín. Considera; beneficio de la Uliverri, un estreno de Mihura, González y Penella; otro de Linares Becerra, Montesinos y Jiménez; no podía faltar.

—¿Y cómo resultaron ambos estrenos?

—El primero del *trío* citado, y que se titula *Los pocos años*, es un sainete sentimental, que acredita «los pocos años» que llevan sus autores escribiendo para el teatro, aunque se *pasen* por el exceso de producciones estrenadas hasta la fecha. El buen auditorio de Martín puso el visto bueno al sainete, y se quedó tan tranquilo como si hubiera leído una crónica del maestro Vives... El otro estreno, *Los ángeles mandan*, es algo más digno de atenciones. El argumento está tomado de una película cinematográfica—¡viva la originalidad!—,

y aunque la inventiva de los autores esta vez brilla por su ausencia, justo es aplaudirles por la confección del libro, que está escrito como «mandan los ángeles», y resulta una comedia lírica muy teatral y muy bonita. Como *escribidores* se han lucido los simpáticos periodistas Sres. Montesinos y Linares Becerra. El maestro Jiménez ha compuesto una partitura apropiada á las escasas situaciones musicales que ofrece el libro; se repitieron tres números.

La señorita Uliverri recibió bastantes regalos, y trabajó toda la noche con inusitado entusiasmo; en suma, un bonito beneficio.

—Pues el de Joaquina del Pino, celebrado en Lara, tampoco dejó nada que desear.

—¡Pa chascal!...

—La novedad del programa de la función lo constituía el estreno de la comedia en dos actos del insigne dramaturgo D. Manuel Linares Rivas, titulada *Flor de los pazos*.

—Sin conocer esa flor, ¡qué quieres!, me huele bien.

—Tienes un olfato admirable (y lo has dicho en verso), pues la tal flor convertida en comedia es una preciosidad, un encanto de poesía, de aromático perfume... Linares Rivas dedica su último fruto literario á la *suya* tierra, á Galicia, y con ella acrecienta más su prestigiosa fama de autor dramático. Toda la comedia, que en mi impresión ya se da á conocer que es bellísima, se desarrolla en un ambiente tierno, plácido, sentimental, en la que sobresalen escenas primorosamente dialogadas y llenas de efectos simpáticos; el desenlace despierta un interés vivísimo, resulta emocionante y arranca aplausos nutridísimos en el público.

—En suma, que la obra es una *tonteria*...

—Completa. Los artistas del teatro de D. Cándido interpretaron la comedia como ellos saben hacerlo, á las mil maravillas, y si la Pino, la Bárcena, la Pardo y la Moneró estuvieron admirables, Palanca, Barrycoa, Mora, Romea y Manrique, admirabilísimos.

—Y sigan los beneficios.

—¿Lo dices por el de Moncayo?

—Clarinete.

—Pero no me negarás que fué digno de que lo comentemos.

—Por tratarse del primer actor del teatro de Apolo, ¡claro está que sí!; por lo demás, ¡claro que no!, pues de las obras que representó hartó hemos hablado antes de ahora. *El fresco de Goya*, *La verbena de la Paloma*, estreno... *El príncipe Casto* y *El viaje de la vida*.

—Lo más importante de la cuestión es que Moncayo escuchó muchos aplausos en las obras citadas, y que recibió una «barbaridad» de regalos.

—Ya que nos estamos ocupando del asiduo concurrente á La Elipa todas las mañanas, ¿es cierto que se las *guilla* á Buenos Aires?

—Esos *aires* corren por círculos y saloncillos; él, con su firme resolución, descifrará la «charada»...

—José Ontiveros ya no pertenece á la compañía del Gran Teatro.

—Así parece. Una simpleza de telón adentro ha sido la causa de que este celebrado actor abandone el coliseo de Sicilia, y se dice que pasará al de los señores Arregui y Arruej.

—¡Hombre! Pues si se confirma ese rumor, ¡qué más da que trabaje en el Gran Teatro que en Apolo!...

—Para las empresas no es lo mismo.

—Para el público, sí, y ni media palabra más.

—Pastora Imperio, en el teatro Madrileño, ha obtenido un triunfo personal tan ruidoso como en Romea.

—Y en donde quiera que se presente se llevará á la gente de calle; tiene lo suyo esa gitana criatura para enloquecer á los públicos. Gracia, picardía, hechuras, y una cara que predispone á la «enajenación mental»...

—Mira, entra en un café y tómate una taza de tila, te veo muy excitado; es un consejo...

—¿Tila á mí?

—Bueno, ó una gaseosa.

—Vaya, chico, hasta el próximo sábado...

—Que te mejores...

Colirón.



A. E. G. Thomson Houston Ibérica S. A.

MADRID-BARCELONA-BILBAO-GIJON
SEVILLA-VALENCIA-ZARAGOZA-LISBOA-OPORTO
Talleres en Madrid

NUEVA LAMPARA EGMAR

ECONOMIA
75 %

ECONOMIA
75 %



DE ALAMBRE DE METAL TREFILADO

UNICA IRROMPIBLE